

Los imaginarios sociales en la transición a secundaria

Social imaginaries in the transition to secondary school

Valentina Gallego Hurtado¹

Resumen

El presente artículo aborda la transición de primaria a secundaria desde los imaginarios sociales que configuran el actuar de quienes transitan, estudiantes y de quienes acompañan la transición, docentes y familias. Estas creencias y actuaciones que traen consigo los imaginarios sociales influyen significativamente en cómo un estudiante hace el tránsito a secundaria, su desempeño académico y social y, por ende, la continuidad de la trayectoria educativa, siendo esta transición la que presenta mayor deserción y repitencia en el contexto colombiano.

Se realizó un rastreo teórico-documental sobre los imaginarios sociales y las transiciones educativas, que fueron asumidas desde los postulados de Cornelius Castoriadis (1975) y José Gimeno (1997), respectivamente. Se encontró que los imaginarios sociales instituidos sobre la transición de primaria a secundaria se enfocan en un paso abrupto hacia la maduración. Se percibe la transición como un rito de paso a la madurez y genera aproximaciones de duelo y celebración por parte de los actores educativos, en especial las familias.

Asumir, entonces, la transición desde el enfoque neurobiológico permite replantear la idea de madurez instantánea y formular acciones y pensamientos desde lo inspirado por los aportes de la neurociencia. Esto implica considerar los procesos de desarrollo del cerebro adolescente y sus implicaciones en el ámbito educativo. De esta manera, se busca promover estrategias de apoyo adecuadas durante esta etapa de transición, fomentando un enfoque más integral y contextualizado.

Palabras clave: imaginarios sociales, transiciones educativas, transición primaria-secundaria.

¹ Licenciada en educación especial de la Universidad de Antioquia, estudiante de Especialización en Pedagogía y Didáctica de la Universidad Católica de Oriente.

Abstract:

This article addresses the transition from primary to secondary school from the social imaginaries that shape the behavior of those who go through it, including students, teachers, and families. These beliefs and actions associated with social imaginaries significantly influence how a student makes the transition to secondary school, their academic and social performance, and therefore, the continuity of their educational trajectory. This transition is particularly prone to high dropout and repetition rates in the Colombian context.

To delve deeper into this matter, a theoretical-documentary investigation was carried out on social imaginaries and educational transitions, approached from the postulates of Cornelius Castoriadis (1975) and José Gimeno (1997), respectively. It was found that the social imaginaries surrounding the transition from primary to secondary school focus on an abrupt step towards maturity. The transition is perceived as a rite of passage into adulthood and elicits feelings of mourning and celebration among educational actors, especially families.

Adopting a neurobiological perspective on this transition allows for a reevaluation of the concept of instant maturity and the formulation of actions and thoughts inspired by contributions from neuroscience. This involves considering the developmental processes of the adolescent brain and their implications in the educational sphere. In this way, the aim is to promote appropriate support strategies during this transitional stage, fostering a more comprehensive and contextualized approach.

Key words: social imaginaries, school transitions, transition from primary to secondary education

Introducción

En Colombia, la disminución en la cantidad de estudiantes matriculados en el sistema educativo formal es un problema de interés nacional, atribuido a una larga lista de situaciones sociales e individuales. Sobre esto, el Departamento Administrativo Nacional de Estadística [DANE] (2022) presenta que, para el 2021 los estudiantes matriculados en el Sistema Integrado de Matrícula (SIMAT) disminuyó en 85.166 estudiantes en comparación a la matrícula inicial del 2020. Una situación similar se presenta en el grado sexto, cuya matrícula obtuvo la disminución más alta con una pérdida de -5,7%. En este mismo panorama, para inicios del 2022, en el municipio de La Ceja del Tambo había 977 estudiantes matriculados en el grado sexto. De estos, 178 estudiantes fueron matriculados en la Institución Educativa Bernardo Uribe Londoño, de los cuales 21 cancelaron matrícula, 23 desertaron del sistema educativo, 66 no fueron promovidos y 68 fueron promovidos a grado séptimo (Máster, sistema de calificaciones, 2022). Estos datos evidencian que sexto de básica secundaria es uno de los grados del sistema educativo formal con más deserción y repitencia a nivel nacional y local.

Al observar los datos cuantitativos de cancelación, deserción, promoción y no promoción, es posible afirmar que uno de los factores que puede determinar el éxito o el fracaso en este grado puede ser la transición educativa de primaria a secundaria por la que atraviesan los estudiantes de sexto, debido a que representa un cambio significativo en los procesos de maduración biológica, psicológica y social de los estudiantes. Pensar en sexto de básica secundaria como un momento para la permanencia y promoción de los estudiantes, dirige la mirada hacia las transiciones educativas. El tránsito de quinto de básica primaria a sexto de básica secundaria hace parte de las llamadas transiciones educativas que se presentan de múltiples formas y su ocurrencia excede la cultura, el tiempo y el espacio.

La forma en cómo se piensa la transición sirve para determinar las pautas, protocolos o rutas que apoyan o dificultan el proceso administrativo y curricular que debería tener en cuenta las particularidades de este momento en la trayectoria educativa de cada estudiante. Esta forma de pensar y de actuar con respecto a este fenómeno en la escuela, proviene de un grupo de ideas, creencias y acciones presentes en los imaginarios sociales de los actores educativos. En coherencia con esto, los imaginarios sociales se

definen desde Castoriadis (1975) como esquemas de significado compartidos que permiten entender la realidad, es la carga simbólica, histórica y social que le ha sido asignado a una representación. Si los imaginarios sociales ayudan a comprender las formas en las que se comprende la realidad y cómo se actúa en esta, entonces existe una relación entre estos y la transición de primaria a secundaria por parte de quienes la viven de cerca: los estudiantes, docentes y familias.

Con base en estas ideas, el presente texto se distribuye en tres momentos. En un primer momento, se definen los imaginarios sociales y la transición educativa de primaria a secundaria; en segundo lugar, o discusión, se relacionan ambas categorías teóricas y su pertinencia en la investigación educativa y, por último, presentan las conclusiones de dicho proceso de análisis teórico, abordando el desarrollo neurobiológico del adolescente, la transición como un rito de paso hacia la madurez y la celebración o duelo de la familia.

Imaginarios sociales

Para Castoriadis, el imaginario encuentra su origen en la psique del individuo, en la imagen que observa y que vive, lo relaciona con la historia (lo que ya existía), pero sólo adquiere su carácter de social cuando los actores sociales lo legitiman a través de las instituciones, lo aceptan como real y lo incorporan en sus formas de ser, pensar y actuar, para comprender los imaginarios sociales como esquemas de significado compartidos que nos permiten entender la realidad y por lo cual, dice Castoriadis (1975):

Cada sociedad define y elabora una imagen del mundo natural, del universo en el que vive, intentando cada vez hacer de ella un conjunto significativo, en el cual deben ciertamente encontrar su lugar los objetos y los seres naturales que importan para la vida de la colectividad (p. 240).

Es decir, la sociedad busca en el imaginario social una explicación del orden del mundo, algo que le permita dirigir su actuar, en qué creer y cómo pensar.

La definición presentada por la RAE (2014) en su vigésimo tercera edición no se aleja por mucho de la desarrollada por Castoriadis, al interpretar al imaginario como “imagen simbólica a partir de la que se desarrolla una representación mental” (Real

Academia Española, definición 4). El imaginario no es la representación mental, o la imagen (Castoriadis, 1975, p. 12) es la carga simbólica histórico social que le ha sido asignada. Por esto, el imaginario nunca es el mismo, muta en el contexto y el tiempo, así como las instituciones y las imágenes cambian. El imaginario es legitimado y divulgado por las instituciones como la escuela, el Estado, la iglesia y otras, por tanto, no es libremente escogido, es interpretado por quien lo vive, es asumido e incorporado en el accionar, así como cuestionar y refutar.

En coherencia con lo planteado por Castoriadis (1975), el imaginario social no es el resultado de la imaginación humana, es estructural, es intensional y ayuda a la interpretación de la realidad. El imaginario social puede llegar a tener el carácter de normativo e inequívoco, que cruza con lo dogmático al ser desarrollado e interiorizado por la sociedad.

Ante esto último, Castoriadis plantea lo instituido y lo instituyente como dos caras de una misma moneda. Lo instituido se refiere a lo que se ha instaurado, se da por “normal”, por incuestionable. Lo instituido es importante para una sociedad porque “no puede haber sociedad sin institución de las significaciones y de las normas sociales que permiten a los hombres entenderse y relacionarse entre sí, precisamente por eso lo instituido puede aparecer como algo fijo, rígido, inmutable, resistente al cambio” (Castoriadis, 1975, p. 558). Es la estructura por la cual se pretende dar un orden a las cosas y, por ende, reorganizar la carga simbólica que los imaginarios tienen para que sean coherentes con la forma de vida o la cultura de una sociedad específica.

Mientras que, lo instituyente es lo que permite dar flexibilidad a lo instituido. Asimismo, lo instituido para Castoriadis (1975) "es la actividad mediante la cual una sociedad produce, instituye, modifica o suprime instituciones, es decir, normas y significaciones instituidas. El instituir es siempre creación, aun cuando su resultado sea la conservación o la repetición de lo instituido" (p. 559). La flexibilidad que otorga lo instituyente a lo instituido es lo que hace que la tensión entre ambos no se quiebre, mantiene el equilibrio y permite que lo instituido se renueve y mantenga la esencia de la cultura que instituye.

En esta misma línea, la escuela como lugar de reproducción cultural es una de las instituciones que históricamente ha difundido imaginarios sociales desde el punto de vista de la cultura hegemónica. Entonces, la escuela por sí misma presenta imaginarios sociales sobre su propio accionar, estructura, ideales y metas. Uno de los momentos en los cuales se evidencian con más fuerza los imaginarios sociales presentes en el ámbito escolar es durante la transición de primaria a secundaria. Estos imaginarios influyen de forma significativa el tránsito, ya que la transición en sí misma es una construcción social dotada de significados, valores, creencias, con un recorrido histórico que se aferra a lo natural.

Transitar a secundaria es interpretado como un hito en la trayectoria educativa de un estudiante. Asimismo, el tránsito es el momento de finalización de la niñez, lo que implica crecer, de forma inminente se aumenta la carga de trabajo de un estudiante, la complejidad del currículo y el comportamiento debe ser acorde con la adultez. Esto devela una serie de creencias compartidas que intentan dar significado a un momento vital, con un accionar específico consecuencia de las creencias; esto configura un imaginario social instituido. Se comprende entonces que existen otros imaginarios sociales sobre el tránsito de primaria a secundaria.

Transición de primaria a secundaria

Las transiciones son parte inevitable de la vida de un ser humano, representan cambio, movimiento, variación de una o múltiples dimensiones que lleva al ser a replantear su realidad. Con esta idea, Gimeno Sacristán (1997) aborda la transición como:

“un concepto metafórico para hablar y entender el cambio (Earwaker, 1992, p. 22); una forma de caracterizar sucesos llamativos en el curso de la vida que tienen especial relevancia para el futuro de quienes pasan por ellos, como si fuesen momentos en los que ocurren metamorfosis” (p. 12).

La transición cumple con el objetivo de que el ser o estar sea distinto, se transforme y deje de ser quien solía ser o deje de estar donde solía estar; el sujeto que transita no es el mismo durante o al final de la transición.

En el contexto educativo, la transición supone el encadenamiento de una serie de cambios para lograr el paso de un nivel educativo a otro, lo que brinda el carácter de decisivo y condicionante a la transición. Aunque es cambio, la transición también es continuidad, es “multidimensional y cabe plantear la continuidad no solo en los aspectos

estrictamente curriculares, sino en todas las dimensiones determinantes del ambiente escolar” (Gimeno, 1997, p. 86).

En esta misma línea, el fenómeno de las transiciones es una constante que forma parte de la trayectoria educativa de un sujeto. Según plantea el Ministerio de Educación Nacional [MEN] (2022) en la nota técnica *Trayectorias educativas completas, continuas y de calidad*, las trayectorias educativas son “las transiciones y procesos de aprendizaje y desarrollo por los que pasan los individuos a lo largo de su curso de vida, lo que implica una relación directa del ser con su entorno” (p. 16), es el conjunto de periodos por los que atraviesa un estudiante en su vida educativa desde que inicia hasta que finaliza, en los que se presentan diferentes transiciones que marcan y orientan el camino que ha de tomar el estudiante. Todo lo anterior conduce a diferenciar la trayectoria de la transición en que la primera es un continuo mientras que la segunda es un hito en dicho continuo.

Las transiciones no son estables, por el contrario, son dinámicas y están sujetas a las características individuales de la persona, del contexto y del tiempo, son singulares y se viven de formas diferentes (Gimeno, 1997, p. 18). El hecho de que se presenten similitudes entre las transiciones educativas permite consolidar el fenómeno, pero esto no implica que se repliquen de la misma forma en cada sujeto, asignándole el calificativo de singular a la transición.

La transición supone cambios significativos que podrían convertirse en momentos de oportunidad o de “posibilidad para ampliar los contextos de participación de los sujetos, como una oportunidad para trascender sus entornos inmediatos, para crecer y aprender” (Monarca et al, 2012, p. 3) pero este no es el caso para todos los sujetos que transitan, para quienes también pueden suponer momentos violentos, de vulnerabilidad y afectar la continuidad y estabilidad de sus trayectorias educativas.

Las transiciones educativas comprenden dos clasificaciones (Pietarinen, Pyhäntö y Soini, 2010), las transiciones horizontales y las transiciones verticales. Las primeras son las que se presentan en un mismo nivel educativo como cambios de docentes, periodos académicos, la promoción de un grado a otro, el aumento de la complejidad de una asignatura que se plantea en el currículo e incluso, los cambios de grupo. Las transiciones horizontales también representan cambios que implican ajustes representativos por parte del estudiante para adaptarse.

Por otro lado, las transiciones verticales son la serie de cambios que ocurren entre diferentes niveles educativos, como el paso de la educación primaria a la educación secundaria o de la educación básica a la educación media. Estas transiciones suelen ser más desafiantes ya que, los cambios característicos de las transiciones horizontales también se presentan, pero con más fuerza en un paso de nivel educativo al otro. Esto se puede observar en las discontinuidades que se presentan en el currículo y cómo éste es presentado a los estudiantes, sobre todo en los primeros meses que inciden en el éxito o fracaso del primer año de la transición a secundaria.

Lo anterior expuesto permite comprender a las transiciones educativas como un concepto que se configura socialmente en el que los imaginarios sociales lo interpretan y cimentan las acciones de los actores educativos en dicho momento de los estudiantes. Para efectos de este artículo, se abordarán las transiciones educativas verticales, de forma específica la transición de primaria a secundaria de la educación básica obligatoria.

El adolescente

La transición a secundaria se caracteriza por ser una de las más representativas debido a que los cambios son vividos con más intensidad. Cambios que son protagonistas en la experiencia del sujeto que transita y que parten del desarrollo neurobiológico, emocional y social propio de este momento, la adolescencia. Para el adolescente “la transición es una promesa de ir a otro mundo de más libertad, de menos control sobre la vida personal, el poder encontrarse con “los mayores” para seguir por un camino con otro *status*” (Gimeno, 1997, p. 112) porque pasa de depender del adulto para casi todo a lograr un nivel de independencia mayor para valerse por sí mismo. Esto implica que el imaginario social que atribuye este momento de tránsito al crecer o al ser grande también puede ser compartido por el estudiante y no solo por quien lo acompaña en dicha transición. Asimismo, la transición es en gran medida vista desde el desarrollo social del adolescente, más no desde el desarrollo neurobiológico. Concebirla desde este enfoque puede traer consigo imaginarios sociales alternos que luchan por ocupar o reconfigurar los anteriores.

El cerebro del adolescente entra en un proceso de transformación biológica llamado pubertad. En este “dejan atrás los comportamientos y la morfología corporal típicos de la infancia para adquirir los propios de la adultez” (Bueno, 2022, p. 24). No es un adulto, pero

tampoco es un niño, comparte características de ambos. Sin embargo, este proceso pareciera desconocerse durante la transición a secundaria, porque la pubertad no sucede en un solo momento, es un proceso paulatino. Se exige al cerebro en transformación comportarse como adulto cuando no es ni lo uno ni lo otro.

Cabe anotar que el inicio de la adolescencia es de orden biológico: genético y no cultural. Sin embargo, es la cultura la que determina cómo es vivida por el sujeto. La mayoría de las culturas occidentales coinciden en que la adolescencia comprende el periodo de transición de la infancia a la adultez. Además, desde el punto de vista de la biología, Bueno (2022) afirma que la adolescencia comprende cuatro cambios importantes “la búsqueda de novedades, la implicación social, el aumento de la intensidad emocional y la experimentación creativa” (p. 34-35). Estos cambios en la reestructuración cerebral suponen ventajas en el aprendizaje del estudiante que comúnmente son obviadas por quienes procuran su aprendizaje.

La transición a secundaria como rito de paso

La transición a secundaria también es vista como un rito de paso por la sociedad occidental. Es parte de los “pasos sucesivos de una sociedad especial a otra y de una situación social a otra; de modo que la vida individual consiste en una sucesión de etapas cuyos finales y comienzos forman conjuntos del mismo orden” (Van Gennep, 2008, p. 15-16). En 1960, Van Gennep, sistematiza una serie de ritos de paso como el matrimonio, la pubertad, la niñez, la paternidad, los funerales y otros que se presentan en la vida individual, son reconocidos en la vida en sociedad y continúan vigentes. Sin lugar a duda, finalizar la primaria e iniciar la secundaria se puede interpretar como un rito de paso más en la trayectoria educativa de un estudiante.

Los ritos de paso se caracterizan por los rituales y ceremonias que ayudan a consolidar el paso y requieren de la participación de quien hace el paso y de quienes le acompañan, la comunidad. El contexto escolar no es ajeno a las ceremonias que materializan los ritos de paso y la certificación de quinto es una de estas. La ceremonia de certificación no sucede solo el día en que se entrega el certificado, solo es el interludio de la transición. El docente prepara a sus estudiantes al darles la bienvenida a quinto afirmando que es el último año de primaria, anticipando unos comportamientos esperados y unos

aprendizajes necesarios para su desempeño en secundaria (Gimeno, 1997, p. 15). A finales de quinto de primaria, el estudiante ya sabe que secundaria le exigirán más y que deberá asumir posturas de sujeto independiente, ya en este momento “las consecuencias del rito de paso han sido ya asumidas por el imaginario colectivo desde el que se espera y se teme el cambio de etapa” (Gimeno, 1997, p. 208).

En coherencia con lo propuesto por el antropólogo alemán Van Gennep (1960), Gimeno (1997) amplía que los ritos de paso hacen

Relación a la peculiar forma que adoptan determinados lapsos en la vida de las personas en el seno de la cultura a la que pertenecen, en los cuales tienen que abordar la necesidad de adaptarse a nuevas normas de conducta que implican reacomodaciones en las formas de vida personal, en las relaciones sociales y también en sus identidades (p. 15).

El sujeto que pasa por el rito a través de la ceremonia adquiere un nuevo estatus y debe prepararse para desempeñar su nuevo rol. Por eso, el inicio de sexto representa mayor compromiso y genera niveles más altos de ansiedad ya que el adolescente debe acomodarse.

El duelo y la celebración

Al pasar por el rito socialmente establecido de la transición de primaria a secundaria, las familias pasan por diferentes experiencias que generan desde duelo hasta celebración. Esta etapa marca un hito importante en la vida de sus hijos y conlleva cambios significativos en su desarrollo académico y social. A medida que los niños dejan atrás la seguridad y familiaridad de la primaria para adentrarse en un entorno nuevo y desconocido, las familias también se enfrentan a emociones complejas y contradictorias.

El duelo es una respuesta emocional natural ya que revela nostalgia por ver el inminente crecimiento de los niños, así como su paso a la compleja secundaria. A medida que los niños se independizan más, los padres pueden sentir una pérdida de control y un deseo de protegerlos de los desafíos que enfrentarán en la secundaria, llegando a la infantilización y sobreprotección o, por el contrario, el abandono a su suerte durante el trayecto. El duelo también puede estar presente debido a la separación de los amigos

cercanos y docentes queridos de la primaria, creando un sentimiento de pérdida y la necesidad de adaptarse a nuevas relaciones.

Sin embargo, junto con el duelo, también hay espacio para la celebración. Los padres reconocen que la transición a la secundaria es un logro importante para sus hijos y una señal de crecimiento y madurez (Isorna, Navia y Felpeto, 2013, p. 169). Pueden sentirse orgullosos de los avances académicos y personales que sus hijos han logrado hasta este punto. La celebración implica reconocer y honrar los esfuerzos y logros pasados, así como mostrar entusiasmo y apoyo hacia los nuevos desafíos que enfrentarán en la secundaria.

Transitar a secundaria representa un cambio en las estructuras familiares, debido a que en este contexto también se percibe al estudiante que transita, por un lado, como un sujeto que ya ha crecido y que por tanto debe hacerse cargo de sí mismo, y por el otro como un sujeto que debe continuar siendo cuidado como solía ser en la primaria.

Es importante destacar que la forma en que los padres experimentan el duelo y la celebración puede variar ampliamente de un individuo a otro. Algunos pueden encontrar que el duelo y la celebración coexisten en una mezcla compleja de emociones, mientras que otros pueden experimentar predominio de uno sobre el otro. Algunos padres pueden sentir más ansiedad o preocupación ante la idea de que sus hijos enfrenten nuevos desafíos, mientras que otros pueden tener una actitud más optimista.

Durante esta etapa de transición, es fundamental que los padres brinden apoyo emocional a sus hijos y los alienten a expresar sus propios sentimientos sobre el cambio. Al mantener una comunicación abierta y receptiva, los padres pueden ayudar a sus hijos a navegar por esta fase de manera más saludable y exitosa (Isorna, Navia y Felpeto, 2013, p. 168). Además, buscar redes de apoyo y compartir experiencias con otros padres en situaciones similares puede ser reconfortante y beneficioso.

En resumen, la transición de primaria a secundaria despierta emociones duales en los padres, incluyendo el duelo por la pérdida de la infancia y la familiaridad, así como la celebración de los logros y el crecimiento de sus hijos. Reconocer y validar estos

sentimientos es crucial para un proceso de transición saludable tanto para los padres como para los hijos.

Conclusiones

Son amplios los imaginarios sociales alrededor de la transición de primaria a secundaria y comprenderlos permite una mayor aproximación al fenómeno. En cambio, desconocerlos da continuidad a que lo instituido permanezca y no se dinamice de la forma en la que conocerlos haría. La transición de primaria a secundaria está atravesada por imaginarios sociales que orientan las acciones y creencias que están instituidos, culturalmente arraigadas e interiorizadas en las personas que viven la cotidianidad de la escuela; éstos guían su accionar, las formas en las que ven y cómo comprenden la realidad (Gimeno, 1997, p. 242). El pensar las transiciones a la luz de los imaginarios sociales implica cuestionar la propia cultura, pero el hacer permite proyectar nuevas formas de vivir la transición desde todos los ámbitos de desarrollo del adolescente quien vive la transición. Este acto reflexivo es parte de una línea instituyente que plantea el cambio de las versiones de realidad que hasta el momento han imperado.

La transición de primaria a secundaria es percibida como un rito de paso instituido en la escuela en el cual se piensa al estudiante como un sujeto que debe crecer de forma intempestiva para dar frente a los nuevos retos que le depara la secundaria. Asimismo, la transición de primaria a secundaria es celebrada o adolecida por quienes acompañan al sujeto que transita. Transiciones abruptas con cambios violentos y escasa preparación emocional y social, derivadas de imaginarios sociales sobre la maduración del estudiante para considerarlo como un no niño, no adulto que es apto para desempeñarse en un nivel de complejidad mayor en ámbitos sociales, académicos y emocionales.

Las acciones orientadas al rito de transición a secundaria son derivadas de las formas de concebir e interpretar la realidad de un grupo de personas, esto implica que influyen la forma en la que el adolescente transita, quien también hace parte de este grupo. La forma de transitar de un individuo a esta crítica etapa determina, en parte, el resto de su trayectoria educativa; ya que, durante el tránsito el adolescente consolida su desarrollo neurológico con las bases adquiridas durante la primaria que contrasta continuamente con los nuevos aprendizajes.

Sin importar los imaginarios sociales instituidos que se puedan develar en determinado lugar, tiempo y cultura sobre dicho fenómeno, es la aproximación que se hace de ellos la que permite reorientar las acciones educativas en pro de tránsitos más graduales, tranquilos y conscientes. El repensar el imaginario en coherencia con las características contextuales e individuales, es lo que permite que lo instituido logre mutar y adaptarse, evitando la continuación de imaginarios poco respetuosos con el sujeto que transita.

Referencias

Ávila, M., Sánchez, M. y Bueno, A. (2022). Factores que facilitan y dificultan la transición de educación primaria a secundaria. *Revista de Investigación Educativa*, 40 (1), 147-164. DOI: <http://dx.doi.org/10.6018/rie.441441>

Bueno, D. (2022). *El cerebro del adolescente*. Barcelona: Grijalbo

Castoriadis, C. (2002). *La institución imaginaria de la sociedad: El imaginario social y la institución* (Vols. 1-2). Buenos Aires, Argentina: Tusquets Editores.

Cegarra, J. (2012). Fundamentos teórico- epistemológicos de los imaginarios sociales. *Cinta de Moebio* (43), 1-13

Departamento Administrativo Nacional de Estadística [DANE]. (2022). *Educación Formal. Resultados 2021*. Información para todos. <http://bitly.ws/wMce>

García-Rodríguez, G. (2019). Aproximaciones al concepto de imaginario social. *Civilizar: Ciencias Sociales y Humanas*, 19(37), 31-42. doi: 10.22518/usergioa/jour/ccsh/2019.2/a08

Gimeno, J. (1997). *La transición a la educación secundaria*. Madrid: Morata.

Isorna, M.; Navia, C. y Felpeto, M. (2013). La transición de la educación primaria a la educación secundaria: sugerencias para padres. *Innovación Educativa*, 23, 161-177.

Ministerio de Educación Nacional [MEN]. (2022). Trayectorias educativas completas, continuas y de calidad. Conceptualización y análisis estratégico. Nota Técnica.

Monarca, H., Rappoport, S. y Fernández, A. (2012). Factores condicionantes de las trayectorias escolares en la transición entre enseñanza primaria y secundaria. *Revista Española de Orientación y Psicopedagogía*, 23(3), 49-62. doi: 10.5944/reop.vol.23.num.3.2012.11461

Monarca, H. y Rincón, J. (2010). Tránsito a la ESO, ¿continuidad o ruptura? *Cuadernos de pedagogía*. nº 401 mayo 2010, 28-31.

Pietarinen, J., Pyhältö, K. y Soini, T. (2010). A horizontal approach to school transitions: a lesson learned from Finnish 15-year-olds. *Combridge Journal of Education*, 40 (3), 229-245.

Pintos, J. 2005. Comunicación, construcción de la realidad e imaginarios sociales. *Utopía y Praxis Latinoamericana* 10(29): 37-65.

Real Academia Española. (2014). *Diccionario de la lengua española* (23a ed.)

Ruiz, D., Patiño, J., & Botero, S. (2018). Vivencias del vínculo educativo en el proceso de transición a secundaria.

Van Gennep, A. (2008). *Los ritos de paso*. Madrid: Alianza Editorial.